

El pájaro y la cítara

Una octava olvidada de Góngora

En el IV Centenario del nacimiento de don Luis de Góngora y Argote

Por tradición, la poesía de Góngora ha sido siempre un problema no pocas veces difícil incluso para el más lego. Sin embargo, nosotros estamos seguros de que se ha exagerado mucho esta dificultad, por cuanto lo que generalmente sucede es que la mayoría de la gente no se detiene a estudiar a conciencia los textos, y menos cuando se hace gala del hipérbaton (de plural tan difícil), o que no se presta la debida atención a las erratas. Todavía hoy se puede escuchar en boca de cualquier imberbe estudiante que *Ser y Tiempo* (*Sein und Zeit*), del filósofo tudesco Heidegger, por ejemplo, es un libro difícil, lo que no revela sino una completa falta de atención por parte del lector. ¿Qué no sucederá, pues, con un autor como don Luis de Góngora y Argote (1561-1627), que escribió habrá ya tres siglos y medio?

Como es sabido, una de las octavas más oscuras de su famoso *Polifemo*, incluido en sus *Obras completas*, es la que, por antonomasia, podríamos llamar del *pájaro y la cítara*. A manera de contribución al esclarecimiento de este interesante trabajo, y aun a riesgo de que se nos tilde de imitadores de otros insignes filólogos y estudiosos que con anterioridad se han ocupado de ella, nos proponemos en seguida dar nuestra modesta versión, como un homenaje, siquiera sea tardío, en el cuarto centenario del nacimiento del aeda, aparte de que todos debemos poner nuestro grano de arena.

Para mayor claridad publicamos las dos lecciones, la del poeta y la nuestra, que son las mismas con ligeras variantes, excepto por los escolios o comentarios con que aclaramos la que sin falsas modestias llamaremos nuestra.

*Templado pula en la maestra mano
el generoso pájaro su pluma,
o tan mudo en la alcándara, que en vano
aun desmentir al cascabel presume;
tascando haga el freno de oro cano
del caballo andaluz la ociosa espuma;
gima el lebrél en el cordón de seda,
y al cuerno al fin la cítara suceda.*

Hasta aquí don Luis. Ahora, como suele decirse, al toro:

Templado pula¹ en la maestra mano

No presenta problema.

el generoso pájaro su pluma,

¿Empiezan las dificultades? Veamos que no: El "generoso pájaro" no es otro que el poeta pensativo² —¿recordáis la imagen de Cervantes, inmortalizada por

¹ "Pula" en la versión original, por errata evidente.

² La comparación del poeta con un pájaro cantor está en la mente de todos. Piénsese en Shakespeare, el Cisne del Avón.

Gustavo Durero, cuando no se le ocurría nada para el prólogo de su libro genial?— que, con mano maestra, pule —léase "corta"; en la más remota Antigüedad se usaban plumas de ave para escribir, principalmente cuando se trataba de poesía— la péñola.

o tan mudo en la alcándara, que en vano

No presenta problema.

aun desmentir al cascabel presume;

En la simbología española, el cascabel representa la alegría y aun el jolgorio, cosas que al poeta no le apetecen en ese momento (¡tate!: sólo en ese momento; recuérdese que Góngora era andaluz; véase el verso sexto), pues está mudo, como si dijéramos absorto, pensando en otra cosa.

tascando haga el freno de oro cano

No presenta problema. Como todos los versos de Góngora, y parece que en esto no han reparado los especialistas, éste se explica por el que le sigue. Quizá, para evitar malentendidos, debamos adelantar que el "oro cano" no es otra cosa que la simple plata, y advertir que la "h" de "haga" debe aspirarse, como si dijera "faga", para que salga el endecasílabo.

del caballo andaluz la ociosa espuma;

La espuma es siempre ociosa, no está quieta nunca, y menos en boca de un caballo andaluz, tan famosos a la sazón por su fogosidad como el acero toledano por su temple, cuando tasca el freno, no de oro, recuérdese —no hay frenos de oro, o por lo menos no debía de haberlos por entonces—, sino de plata, con que en Andalucía se adorna la boca de los caballos.

gima el lebrél en el cordón de seda,

No presenta problema. Los perros gimen mucho cuando están amarrados con un cordón de seda. Góngora se valió aquí de esta conocida imagen para hacer resaltar el efecto del magistral hipérbaton con que dio fin a la discutida octava:

y al cuerno al fin la cítara suceda.

El poeta, desesperado porque no se le ocurre nada a pesar de la calma que se respira en su alcándara (alcándara=apuesto=estudio), arroja con violencia la pluma (poético: cítara) como exclamando:

suceda al fin: ¡Al cuerno la cítara!

es decir: ¡Al fin y qué! ¡Al cuerno con la cítara, suceda lo que suceda!, en un exabrupto tan propio del carácter irritable de los españoles de aquel tiempo, como de la raza de los poetas en general (*genus irritabile vatum*), que decía el socarrón de Horacio.

EDUARDO TORRES



Luis de Góngora y Argote (1561-1627)

[Tomado de *El Herald de San Blas*. Antes reproducimos su lúcido ensayo sobre Don Quijote (ver RUM, t. XIII, núm. 3).]